

NECROLOGICAS



DR. NAPOLEÓN BOGRAN

*El 6 de Octubre de este año la Asociación Médica Hondureña perdió a uno de sus miembros más ilustres, Dr. Napoleón Bográn, Nacido en la ciudad de San Pedro Sula el 5 de Enero de 1907, cursó la Escuela Primaria en su propia ciudad natal y la Escuela Secundaria en Santa Bárbara. Se doctoró de Médico y Cirujano en la Universidad Nacional de Honduras y en el curso de los años **venideros** siguió cursos de perfeccionamiento en New York, España y México. Durante largos años desempeñó varias cátedras en nuestra Escuela de Medicina siendo sobre todo muy relevante su actuación como profesor de Anatomía. Desempeñó la Jefatura de las diferentes Salas de Medicina en nuestro Hospital General San Felipe en varias ocasiones. Y por encima de todo dedicó*

integralmente su vida al ejercicio privado de la profesión en la cual su altruismo, su espíritu de sacrificio y su desinterés fueron rasgos relevantes.

El Gobierno de la República en un acto de reconocimiento nacional a su excepcional actuación le condecoró en Diciembre de 1959 con la Orden Francisco Morazán en el grado de Oficial.

La vida ejemplar del Dr. Napoleón Bográn señalará el camino a seguir a las futuras generaciones médicas.

**Palabras del Dr. ROBERTO LASARUS en los funerales del
Dr. NAPOLEON BOGRAN, en nombre de la
ASOCIACIÓN MEDICA DE HONDURAS.**

Desganado el corazón y abatido el **espíritu**, militado por el dolor más profundo de nuestro ser, acongojada el alma, llora y vierte lágrimas de sangre, al **tener** que decir el adiós **eterno** al insigne colega, al excelente y humanitario galeno, al verdadero Apóstol de la Medicina, al sabio, al humilde, al Samaritano, al más humano y generoso de los magníficos hombres puros y grandes que supieron dar sin recibir, hacer y actuar sin esperar recompensa, aliviando y combatiendo el mal, curando el penoso dolor de la enfermedad.

Napoleón Bográn poseía el don y la capacidad única de un verdadero internista en la disciplina de la ciencia médica, y como internista de verdad que figuraba entre los sobresalientes, no sólo abordaba el caso clínico, para estudiarlo, sino que se internaba en lo más profundo del alma de cada uno de sus pacientes, y lograba así devolver la salud, no sólo con la terapéutica fría y abstracta de la medicina, sino con el dulce bálsamo de su aliento y consuelo. Trabajó desde su graduación con **fervor** y sin descanso; su vida fue siempre lucha, un desafío constante por la vida y la de los suyos, y principalmente la de sus pacientes representenlo **siempre -u única** preocupación.

Y toda esa lucha titánica contra la muerte, la llevó a cabo entre el sinnúmero de enfermos de todas las clases sociales, no por el lucro, no para beneficiarse, no para proporcionarse comodidades materiales, sino única y exclusivamente por el bien mismo; para todos, sin distinción, hacía brotar, de su generoso corazón, el bálsamo de su suave palabra, y la sonrisa humilde del consuelo.

Irónicamente, ¡la lucha que para tantos pacientes ganó, batiendo la muerte que a diario acechaba a sus queridos pacientes, no lo logró para sí. Para su cruel enfermedad, que a corto plazo destruyó su ser, no había remedio. Pero el Apóstol de la medicina llevó su cruz, siempre conforme, siempre humilde, siempre sonriendo, fortalecido por el divino tesoro de la fe cristiana, y la esperanza. Hasta hace pocos días llevó su gabacha de Médico puesta, sufriendo agonía y dolor, y así prodigando alivio a sus semejantes, cayó rendido y abatido, derrotado y triste. Suave llegó la muerte, arrebatándole el último aliento de la vida. Nosotros que le conocimos y amamos por su nobleza y generosa actuación como hombre, como profesional, como ciudadano y amigo, no tenemos más palabras para describir nuestro profundo dolor. Pero solemnemente pido en nombre de nuestra Asociación Médica Hondureña, que en este momento de tristeza, juremos todos juntos, tributarle a Napoleón Bográn,

la decisión unánime de tratar de seguir sus pasos, comprometiéndonos, aunque en vano, a imitarle. Si eso hacemos como profesionales, y amigos, y aunque nunca llegaríamos a la perfección del querido Maestro desaparecido, por lo menos lo tendremos siempre en nuestra mente y nuestro corazón. Allá más lejos de las tinieblas de la muerte fría, veo una estrella **luminosa** y su brillante luz se confunde con la bella aurora de la eternidad; que Dios le prodigue y lo colme de bendiciones, y le dé el merecido descanso al hombre que no ha muerto y que apenas hoy ha iniciado su viaje a la Gloria eterna.

ORACIÓN FUNEBRE

Honorables Representantes de la Iglesia Católica de Honduras,

Señoras y Señoritas,

Caballeros:

Ante la partida sin retorno del querido compañero, Dr. Napoleón **Bográn**, los Medios integrantes de la Clínica y del Hospital Centro Médico hondureño, y el Personal Técnico y Administrativo de dichas Instituciones, me han dado la triste misión de despedir en su **nombre**, a tan prominente hondureño.

Vedada **mi** mente y oprimido el **corazón** por el sentimiento, con lágrimas en los ojos cumplo a medias con el mandato de mis compañeros, y digo a medias, porque tengo la convicción de que mis palabras no estarán a la altura de la personalidad del ilustre desaparecido, ni del momento solemne en que se irá para siempre de nosotros, para reposar en la obscuridad de su tumba.

Y ante el cuerpo inerte de quien en vida fuera hijo amoroso, amante esposo. **tierno** padre, cariñoso hermano, leal amigo, y, sobre todo, Médico del Pueblo, cabe preguntar:

Señor, Vos que sois omnisapiente, decidnos Señor, por qué causa **misteriosa** los seres buenos, los seres útiles a sus semejantes, a su Patria y a la Humanidad, se alejan para siempre de la tierra a tan temprana edad, en plena juventud, o a mitad de la jornada de la vida.

¿Por qué, Señor, esos hombres y esas mujeres que son todo cerebro o todo corazón, o ambas cosas a la vez, no viven más allá del medio siglo? ¿Por qué su preciosa vida es corta y no larga, para que su obra grandiosa beneficie más y por **más** tiempo a su Patria y a la Humanidad?

¿Por qué, Señor, llamasteis a tan temprana hora al Dr. Bográn, por qué no le permitisteis continuar amando a sus semejantes, curando y mitigando el dolor y el sufrimiento de **¡US** enfermos? ¿Por qué. Señor?

¿O es que Mario Días Quintanilla, Salvador Paredes, Manuel **Guillermo** Zúniga, Manuel Larios Córdova, Humberto Díaz Banegas, Marcial Cáceres Vijil, Plutarco Castellanos y tantos otros Médicos eminentes que supieron enaltecer la Medicina de Honduras, y descansan a vuestra diestra, pidieron que llevarais pronto al Dr. Bográn, a gozar en el cielo, junto con ellos, de los privilegios con que sabéis premiar a las almas de quienes en la tierra se dieron por entero a los demás?

Decidnos, Señor, que con la muerte habéis hecho justicia a un hombre que no pudo gozar en la tierra, porque su vida la dedicó a hacer felices a sus semejantes, aún a costa de su propia felicidad. Contestadnos afirmativamente, Señor, y quedaremos satisfechos, porque morir para vivir feliz en el cielo a vuestro lado, no es morir, es pasar a una vida mejor.

El Doctor Napoleón Bográn nació en la cálida ciudad de los Laureles y de los Zorzales, San Pedro Sula. De esa ciudad recogió todo el calor necesario para mantener encendida la llama que iluminó constantemente su cerebro privilegiado, y mantuvo ardiente su corazón que, aparte de dar vida a su hermoso cuerpo varonil, no supo sino amar, amar y más amar.

El Doctor Bográn amó entrañablemente a sus padres, a su esposa y a sus hijos; amó con devoción a sus hermanas. A sus amigos los quiso con lealtad, y su generosidad lo convirtió en esclavo de sus incontables pacientes. El Doctor Bográn amó. amó y amó. porque nació para amar.

Y porque nació para amar, desde niño escogió la carrera profesional de la Medicina, la más humana de las profesiones, la que le proporcionaría el placer de hacer el bien, por el bien mismo. Se dedicó al estudio con todas sus fuerzas y toda su capacidad, para lograr ser en la Universidad el mejor entre los mejores estudiantes. Y ya Médico, continuó estudiando para ser el mejor entre sus colegas, no para satisfacer su vanidad, porque era humilde, sino para tratar a conciencia a quienes tuvieran la confianza de poner su salud a sus cuidados. Y el Doctor Bográn logró su objetivo, porque no ha habido un Médico en Honduras, que pueda ostentar con tanto orgullo, un récord de pacientes tratados, como el suyo.

Y es que así como el Doctor Bográn nació para amar, nació también para ser Médico. Su clara inteligencia, su generoso corazón, su mirada triste y bondadosa, su sonrisa amplia y sincera, sus manos suaves y acariciadoras, su fortaleza física; / lodo El estaba hecho para cumplir su delicada misión de curar al enfermo, no solamente de sus males corporales, sino también de sus penas morales. Y el Doctor Bográn supo cumplir con todo acierto su apostolado: interrogó y examinó cuidadosamente a sus pacientes, diagnosticó sus enfermedades y curó a los más, mejoró a muchos, y supo consolar a quienes no tenían esperanza de vivir por más tiempo.

Para el Doctor Bográn no había diferencias entre un paciente pobre y un rico, entre un blanco y un negro, entre un católico y un protestante, entre un sabio y un necio, porque para El no contaba el linaje o el capital de su cliente, para El lo importante era hacer el diagnóstico y curar la enfermedad, aunque sólo tuviera que conformarse con el simple agradecimiento del paciente o la feliz sonrisa de los familiares. Hacía visitas a las salas y cuartos privados de los Centros de Salud, cuando era llamado para asistir a un enfermo, o en los momentos libres que le dejaban sus clientes que en filas interminables llegaban a su Clínica. Llegó a tal punto su fama como buen Clínico, que prácticamente el Doctor Bográn se convirtió en esclavo de sus enfermos. Lo solicitaban de tal modo que apenas le quedaba tiempo para tomar sus alimentos y dormir algunas horas. En su diario peregrinar y en su constante sobresalto por las llamadas de urgencia de un paciente en peligro o de un amigo en dificultades, le llegó al Dr. Bográn su turno, su turno de sentirse enfermo, su turno de consultar a los colegas de dentro y fuera del país; y como una ironía del destino, cuando a El le tocó enfermarse, fue para saber que su enfermedad era mortal y que aunque hubiera llegado a tiempo para que se le hiciera el diagnóstico, el resultado siempre hubiera sido fatal, porque la enfermedad y la viscera afectada, no son susceptibles al momento de una cura radical.

Y así, entre amarguras por los desencantos de la vida, **entre** sonrisas **por los** recuerdos del deber cumplido, y entre dolores lancinantes producidos por su **mortal** enfermedad, el Doctor Napoleón Bográn cerró los ojos para siempre, cuidado por los médicos de su confianza y por las Hermanitas **del Carmen**, acariciado por su esposa y sus hijos, y sentido y llorado por todo **el** pueblo **hondureño**, que hoy **viste** luto, rindiendo justo tributo al **eminente** Médico y al **amigo** leal y generoso. Frente al féretro del Doctor Bográn han pasado y siguen pasando, miles de amigos, ricos y pobres, que han venido a pagar con las perlas de sus lágrimas los servicios que de E] **recibieron** y que nunca fueron bien remunerados.

Al dejar este mundo lleno de flaquezas y falto de esperanzas, el **Dr. Bográn** no había acumulado riquezas materiales; en cambio supo conquistar el afecto de todo **el** pueblo hondureño, y la grandeza de sus actuaciones es la herencia que deja a sus hijos y el ejemplo para la **juventud** de Honduras, que en todo momento debe **encaminar** sus pasos por el difícil camino del estudio, del trabajo, de la honestidad y del patriotismo, así como lo hizo el Dr. Bográn, para que nuestra Patria adquiera alas de Cóndor, y pueda elevarse a la **más** alta cima del **progreso** material, moral y **cultural**.

Ñapóles --así lo llamaba yo- - sé que mis palabras de despedida no están **a** la altura de tu recia personalidad, ni de los deseos de quienes me nombraron su portavoz; pero a falta **de** capacidad he volcado en esta despedida todo **el** sentimiento **que** mi corazón experimenta ante tu prematura muerte, y espero que mis compañeros así lo comprendan.

Que la **tierra te** sea leve, querido compañero, y que los laureles del **triunfo** de **tu** querida ciudad natal, coronen perennemente la tumba en que has de descansar para siempre.

Hasta pronto, querido compañero: hasta pronto, querido Ñapóles.

I NAPOLEÓN ALCERRO

Tegucigalpa, I). C. octubre 14 de 1963.